

# FUNCIÓN SOCIAL DE LA ESCRITURA

ÁNGEL RIESCO TERRERO  
Universidad Complutense de Madrid

**Resumen:** La presente colaboración es un intento de análisis crítico y valoración global del conjunto de las facetas, tanto de orden gráfico-estructural e interpretativo como científico-cultural, social, pedagógico, antropológico, interrelacional, cognoscitivo y funcional, insertas en la plasmación del lenguaje: pensado, hablado y escrito, es decir, en la escritura y en la documentación escrita y, al mismo tiempo, una propuesta de criterios objetivos para establecer —dentro de una escala de valores— qué prioridad y nivel debe darse en su estudio y enseñanza a cada una de ellas, primero, en sí mismas y, después, desde el punto de vista de su significado y función.

**Palabras clave:** Lenguaje, Escritura, Paleografía, Documentación escrita.

**Abstract:** The present work is an attempt at a critical analysis and global assessment of a whole group of aspects both of a graphical-structural and interpretive type and those of a cultural, social, pedagogical, anthropological, interrelational, cognoscitive and functional nature and materialized in language: in the language of thinking, speaking and writing, in other words in the written form and in written documents. At the same time it is a proposal for objective criteria for determining —within a scale of values— what priority and level should be given, in study and teaching, to each of them, in the first place for themselves and, in the second place from the point of view of their meaning and function.

**Key words:** Language, Writing, Paleography, Written documentation.

## IMPORTANCIA Y SIGNIFICADO DE LA ESCRITURA Y DEL PROCESO ESCRITURARIO

Hasta hace no muchos años, de 35 a 40 o quizás menos, en España nadie o casi nadie consideraba importante y digno de especial estudio determina-

dos aspectos y funciones de la escritura fuera de lo estrictamente transmisores-difusores y los relacionados con las fuentes históricas, la filología, la lingüística y el derecho. Hoy en día, tras el quebranto y pérdida de la unidad de la ciencia, la escisión del conocimiento y la cacareada especialización, tiende a considerarse el lenguaje simbólico como fenómeno superestructural y parte integral —equiparable a la propia Historia— del patrimonio histórico-cultural de la Humanidad.

Sin despreciarse por completo los aspectos instrumentales de tipo estático y los subjetivos y personales de carácter dinámico de la escritura y lo escrito, con cierto menosprecio hacia la finalidad práctica y a su función de servicio auxiliar de cara a otras ciencias, resaltados como valores máximos en nuestros manuales clásicos de Paleografía, actualmente se da preferencia y mayor relieve a otros aspectos y funciones relacionados con lo cultural, social, político, jurídico-administrativo, histórico, psicológico, antropológico...y, sobre todo, a su valor ideológico y propagandístico, en cuanto instrumento estratégico y medio de poder, producto de una época, de un ambiente y de una sociedad concreta y cambiante, y reflejo fiel de la historia de las mentalidades.

No faltan quienes aseguran y hasta se muestran convencidos de que el progreso técnico, industrial y cultural va ligado al uso y práctica de la escritura alfabética, sin tener en cuenta que en el Japón industrializado actual y en la era del ordenador se sigue escribiendo con los clásicos símbolos gráficos y signos silábicos autóctonos chinos de hace más de mil años y que la pretendida preponderancia de la cultura escrita sobre la tradición oral no significa, para la sociedad en general, la renuncia a la oralidad.

Es indudable que el alfabeto y la alfabetización han sido vehículo de cultura en todas las civilizaciones, pero la evolución, por ejemplo, de la cultura cristiana europea y de la árabe-islámica, no ha dependido exclusivamente de la escritura alfabética.

Si admitimos como principio y realidad histórica algo en gran medida hipotético y sólo parcialmente verdadero, es decir, que la evolución de la cultura y el propio progreso han dependido en exclusiva de la utilización de una escritura alfabética, llegaremos —como dice Haarmann— a la conclusión equivocada de que el alfabeto es la clave misma de progreso y de la civilización en su sentido más amplio, pero el alfabeto no es el único vehículo antiguo ni moderno de cultura, aunque ocupe un puesto importante dentro de la historia general de la cultura (H. Haarmann, «Historia universal de la escritura». Madrid, 2001, pp. 9 y 595).

A mi juicio no se aprende sólo leyendo ni sólo escuchando, han existido y existen otros modos de aprender v.gr.viendo, practicando, observando, escribiendo, estudiando..., y todos estos modos de aprender aplicados conjuntamente, se complementan y hasta resultan más objetivos y prácticos.

Dudo mucho que algunas culturas escritas, en buena medida manipuladas y cargadas de subjetividad y de marcados tintes políticos e ideológicos, sean en abstracto objetivas, científicas e indiscutibles y muy superiores a las culturas de sola tradición oral de determinados pueblos, épocas y mentalidad que conocieron y usaron la escritura.

Nuestros predecesores en las cátedras de Epigrafía y Paleografía —prefiero, para no omitir a ninguno, no citar sus nombres— creyeron que lo más importante, desde el punto de vista científico-cultural y práctico, era estudiar y analizar la escritura en su integridad: material y formal, es decir, sus elementos extrínsecos e intrínsecos, en cuanto sistema simbólico de fijación, transmisión, interrelación, comunicación intelectivo-visual y difusión de ideas, pensamientos, mensajes, experiencias, conocimientos, etc., e igualmente, en cuanto plasmación supletoria de la oralidad o lenguaje hablado, desde un principio medio transmisor-difusor, si no único al menos principal, del que —como lenguaje cada vez más universal— se sirvió y sigue sirviéndose el hombre y la sociedad para fines científico-culturales, jurídico-administrativos e interrelacionales de todo tipo que, por su importancia y uso generalizado, las generaciones presentes y venideras deberán leer, analizar, peritar, interpretar y valorar, ya se trate de textos esgrafiados, grabados, manuscritos, impresos, informatizados, electrónicos, etc., siempre en conformidad con los distintos sistemas gráficos-simbólicos, y audiovisuales —no estáticos sino en evolución— utilizados desde el nacimiento de las «protoescrituras» hasta nuestros días.

En este planteamiento empírico y estudio de carácter un tanto abstracto, con preponderancia de la función práctica de servicio de la escritura en cuanto realiza y cubre una necesidad de tipo humano, social, administrativo e intelectual, con omisión y escasa estima del valor que posee en sí misma y en cuanto fenómeno humano, social, cultural e interrelacional o como manifestación e invento científico-cultural que la Humanidad irá convirtiendo en sistema comunicativo-informativo por excelencia durante siglos, en memoria colectiva y caja común de resonancia de todos y para todos los pueblos y, a su vez, en parte integrante no sólo en la cultura general sino también de la historia particular de cada pueblo y de la sociedad en general.

La posesión, uso y control de este medio comunicador-difusor, aparte de delimitar y establecer la barrera y separación cultural de la sociedad en dos grandes grupos: personas y pueblos alfabetizados y personas y pueblos anal-fabetos, con el tiempo, llegó a convertirse en instrumento de poder y decisión, en medio de propaganda e información y, sobre todo, en vehículo intelectual, económico-administrativo, político y socio-cultural, a la hora de transmitir, fijar, organizar y gestionar multitud de asuntos y negocios, máxime en el momento de vertebrar el pensamiento y estructurar la vida jurídico-administrativa de una sociedad concreta, de cuya historia y actividad —como ya he indicado— la escritura y los lenguajes simbólicos son una de sus manifestaciones culturales e ideológicas de mayor relieve.

Para dar, o si se prefiere, devolver a la escritura el puesto y valor que le corresponde, es preciso, convencerse de algo sabido por todos, pero de gran importancia y significado: la escritura, en cuanto comunicación diferida, corre pareja con la vida, la cultura e historia de los pueblos y de las grandes civilizaciones e imperios, pero no se la puede separar e interpretar totalmente desgajada del lenguaje pensado y, con frecuencia, tampoco de la lengua hablada o audio-visualizada.

Gracias a la escritura podemos objetivar lo que pensamos, fijar esos pensamientos y deseos fuera de nosotros mismos e independizarlos mediante imágenes, símbolos, letras y signos, que los transforman en memoria perpetua. Si nos preguntamos por qué son célebres determinadas culturas, como ocurre con la babilónica, asiria, egipcia, persa, macedónica, bizantina, fenicia, griega, romana, india, precolombinas: azteca, maya, nazca, olmeca, zapoteca, etc., yo me atrevería a responder que por sus gestas y grandes empresas, por su poderío económico, por su organización jurídico-administrativa, militar, política y social y, no menos, por el desarrollo de sus lenguas, leyes y religiones, por sus grandes sabios y pensadores, por sus hombres de gobierno y de guerra y, también, por la creación de grandes establecimientos y centros culturales: archivos, bibliotecas, museos, templos, centros recreativos y de enseñanza, por sus monumentos y obras de ingeniería, de arte, de culto...y, en definitiva, por su cultura, civilización e historia.

El éxito del alfabeto y de la cultura escrita sólo puede comprenderse en profundidad si se tiene en consideración la estrecha correlación existente entre el vínculo que une un sistema gráfico con la identidad cultural de la sociedad-comunidad lingüística que lo utiliza, todo ello basado en la combinación equilibrada entre el prestigio cultural de una determinada modalidad gráfica y su utilidad práctica.

En buena parte y medida, todo o a casi todo lo que ha llegado a nosotros y lo que sabemos de esos pueblos y de sus grandes civilizaciones, se nos ha transmitido gracias a la escritura y a los escritos y obras de sus principales pensadores, oradores, políticos, filósofos, juristas, literatos, gramáticos, historiadores, físicos, matemático, astrónomos, escultores, pintores, arquitectos, artistas, bibliotecarios, médicos, etc., más representativos.

Los monumentos y piezas arquitectónicas, arqueológicas, pictóricas, etc. de mayor prestancia y representatividad llegados hasta nosotros —aunque valiosos y de gran interés artístico, cultural e histórico— no son tantos, ni los más indicativos de la vida, costumbres, economía, cultura, mentalidad, idiosincrasia, etc. de dichos pueblos; muchos aspectos importantes y significativos escapan por completo a este tipo de fuentes.

Sin el recurso generalizado, a raíz del invento humano de la escritura y del lenguaje simbólico, las fuentes monumentales, la tradición y el medio oral —sistema fundamental de transmisión y difusión cultural e informativa durante siglos— nuestros conocimientos científico-culturales, sociológicos, económicos, históricos etc. del pasado serían sumamente exiguos y poco fiables.

La invención de la escritura como proceso gráfico y sistema orgánico cuatripartito de: fijación, interrelación-información, transmisión y conservación, mediante objetos, cosas, escritos, símbolos y signos (escritura jeroglífica) con el consiguiente uso de ella y el paso de la plasmación y reproducción directa o dibujo de los objetos o «escritura pictográfica» o la «ideográfica» que representa las ideas mediante símbolos, y de ésta a la «ideográfica inicial» o «logo-silábica» y, luego, a la «fonogramática», con la utilización de signos, principalmente alfabéticos, en representación de cualquier sílaba y palabra, constituyen un hecho de importancia trascendental en el devenir de la cultura y de la historia de la Humanidad y sólo, tras un proceso lento y múltiples tentativas, atribuibles no exclusivamente a un pueblo o grupo étnico concreto sino a diferentes pueblos y razas, pudo llegarse a este maravilloso descubrimiento de tipo interrelacional y de comunicación humana, científico-cultural e histórico-social.

Tras la invención y difusión generalizada de este medio y sistema comunicativo, la escritura se verá perfeccionada y agilizada después por la imprenta y progresiva introducción de nuevos métodos reproductivos y por los revolucionarios sistemas operativos actuales de programación e informatización, con clara repercusión e influencia en distintos ámbitos de la vida: social, administrativa, política, comercial, publicitaria, empresarial, judicial, gubernativa, científico-cultural, académica, etc. Este hecho y circunstancias han

puesto —querámoslo o no— un cambio profundo de mentalidad que afecta a las mismas raíces de la vida y actividad con clara y visible proyección en la organización y sistematización del campo liberal del comercio, la banca, las empresas..., con repercusiones en el propio entramado social a nivel personal, regional, nacional, internacional y mundial.

De este modo y mediante el descubrimiento del lenguaje simbólico —visual, en constante evolución, el ser humano inmerso también en similar proceso de desarrollo— llevado por su anhelo de conocer y saber, de superarse y enseñar, fue aprendiendo, como consecuencia de la imperiosa necesidad convivencial, jurídico-administrativa, social y de interrelación a distancia, a pasar de una representación ideológico-volitiva oral, pictórica, etc., inicialmente rudimentaria y con frecuencia falsa e inexacta, a otra simbólico-cultural cada vez más ajustada a la realidad, más económica, rápida y ágil y, sobre todo, más amplia en cuanto a facilidad de comparación, perdurabilidad, campo de acción, validez jurídica, posibilidad de estudio y de reutilización, etc.

El célebre Galileo Galilei (1565-1642), continuador y culminador del gran descubrimiento copernicano que enfrentó el conocimiento científico con la simple tradición y creencia filosófica vulgar, al demostrar que nuestro planeta: la tierra, no constituía el centro principal del universo sino que era un planeta más en giro constante alrededor del sol, con motivo de la publicación de su obra *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo: tolemaico e copernicano*, salida de las prensas de Landini en Florencia (enero de 1632), cae en la cuenta de la transcendencia que la escritura tiene y representa para la Humanidad y para la cultura y, al comparar el invento de este maravilloso medio y arte de fijación, transmisión y comunicación con el resto de las múltiples invenciones llevadas a cabo desde la Antigüedad al Renacimiento, coloca el sistema y proceso gráfico-alfabético a la cabeza de los distintos descubrimientos, con palabras tan elocuentes como éstas: «Pero por encima de estas invenciones admirables (que él enumera) ¡qué mente tan excelsa la de aquel que concibió la idea de hallar el modo de transmitir sus más recónditos pensamientos a cualquier otra persona por muy lejana que esté en el espacio y en el tiempo, hablar y comunicarse con los que están ahora en las Indias, con los que aún no han nacido ni lo harán hasta dentro de mil, de diez mil años!».

El concepto sublime sobre la escritura expresado por Galileo en este párrafo, no tiene desperdicio ni precisa comentario. Y es que por debajo del testimonio y mensaje: pintado, grabado o fijado por escrito y detrás de la escritura: pura o mixta y de este medio transmisor-difusor de ideas, poemas,

mandatos, ciencia y de comunicación interrelacional y publicitaria —conocido sólo superficialmente en cuanto a su origen, naturaleza y función, pero cuya entrada y empleo en la sociedad y costumbres se remonta a bastantes milenios antes de nuestra era cristiana— hay y se perpetúa un mundo de información y comunicación de gestas, hechos, pensamientos, experiencias y negocios humanos que, aparte de suponer un profundo cambio de mentalidad, incide y condiciona profundamente la vida e historia de los hombres y de los pueblos una vez convertido en parte integrante de su cultura e idiosincrasia y en elemento estimulante y regulador de nuestro sistema psicosomático y facultades superiores.

Cuando yo leí por primera vez el párrafo de Galileo Galilei, citado un poco más arriba, sobre la grandeza y trascendencia de la invención de este arte y la utilidad de la escritura, ciertamente me impresioné, pero pienso que su significado y realidad se acrecienta y vitaliza si se tiene en cuenta que gracias a ella, el pasado cultural, histórico, lingüístico, científico, artístico, jurídico-administrativo, literario, económico, religioso, ideológico..., con un largo etcétera, subsiste y se hace presente entre nosotros y se perpetúa como memoria colectiva, sin límite de tiempo y lugar, conviviendo con el hombre como elemento aglutinante y globalizador de la sociedad y convirtiéndose en uno de los más ricos y preciados legados patrimoniales de la Humanidad.

El profesor Donald Jackson, en su obra *The Story of Writing*, publicada en 1981 y traducida al francés un año después, bajo el título *Histoire de l'Écriture* (París, 1982, p. 37), reproduce una tablilla encerada escrita en caracteres griegos de los siglos IV-V, ejecutada por un alumno de la célebre Escuela de Alejandría. En dicha tablilla coloca —como frontispicio o «incipit» de un «políptico» o libro, compuesto de varias tablillas unidas entre sí, no se sabe si de propia iniciativa o guiado por las enseñanzas de alguno de sus maestros— una frase lapidaria que todavía hoy, después de tantos siglos podemos visualizar: «La vida comienza realmente con la escritura».

Efectivamente, la vida en sentido científico-cultural moderno y de cara a la civilización e interrelación social, administrativa, comercial, etc. comienza con la escritura, pero también el final de nuestra vida fisiológica y temporal concluye normalmente con un certificado o escrito oficial acreditativo del óbito y, tal vez, con otro epigráfico de carácter recordatorio, grabado en nuestro sepulcro y última morada terrenal.

En una copia del siglo XVIII correspondiente a un códice misceláneo del siglo XI conservado en la Biblioteca Pública del Estado en Toledo, cuya transliteración y copia en minúscula visigótica libraria se debe al calígrafo

Francisco de Santiago Palomares, el autor formal de la misma se pregunta: «*Quid est liber?*» = «¿Qué es el libro?» y el mismo responde con una definición difícil de superar, que traduzco del latín: « El libro es lumbre del corazón, espejo del cuerpo, confusión de vicios, corona de prudentes, diadema de sabios, honra de doctores, vaso lleno de sabiduría, compañero de viaje, criado fiel, huerto lleno de frutos, revelador de arcanos, aclarador de oscuridades. Preguntando, responde, y requerido, anda de prisa, llamado acude presto y obedece con facilidad» (Ms. 381, Biblioteca Pública de Toledo, fol. final, «explicit»).

## PUNTO DE PARTIDA E INTERACCIÓN DEL LENGUAJE HABLADO Y ESCRITO

Resulta difícil establecer el origen y, sobre todo, definir y comprender la escritura y el fenómeno escriturario en general, pero no es menos difícil responder con precisión a estas preguntas: «dónde» y «cuándo» nace y «quién» inventó la escritura alfabética moderna.

Se trata de un invento humano no surgido de repente y en un solo lugar sino poco a poco y que, a la larga, llegará a constituirse en medio transmisor-difusor de gran aplicación y suma utilidad. Desde sus orígenes, la escritura aparece enraizada en la vida y actividad del hombre y de los pueblos, especialmente entre los más civilizados y cultos. Con distinto grado de arraigo, nivel y desarrollo, el sistema escriturario primitivo —a mi juicio, no originado en un pueblo concreto sino en distintos pueblos— termina por ser patrimonio universal de la Humanidad y de todos o, al menos, de la mayoría de los pueblos que la conforman. A lo largo de la historia, vemos la escritura inmersa y operante en el ámbito social y humano, consecuencia —en lenguaje de S. Agustín— de esa chispa de sublimidad intelectual latente en cada hombre y no puramente animal, como supone el darwinismo más radical, sino de orden superior y característica de los seres racionales.

La inteligencia, mayor o menor, con la que nacemos dotados los humanos, aunque observable, no es fácil medirla en profundidad y más bien se la describe como conjunto de aptitudes y capacidades constatables a través de las respuestas que cada uno da a las distintas necesidades y problemas de su entorno.

El bebé cuando llega al mundo, tras las transformaciones fisiológicas, orgánicas y psíquicas experimentadas en el seno materno, desde el momen-

to de la ovulación hasta verse convertido por su nacimiento en ser independiente, ciertamente limitado, no habla, ni lee, ni escribe, ni se vale por sí mismo.

Nacido en un ambiente reducido y, en cierto modo, gregario, el niño se apega a un pequeño círculo de personas conocidas e íntimas, limita sus funciones —al menos las apreciables a simple vista— al campo de lo puramente fisiológico, afectivo y lúdico. A diferencia de los animales mejor dotados, el ser humano nace bastante incompleto y con notables carencias; en realidad, su situación inicial es de total dependencia interrelacional respecto de la persona o personas que lo atienden, cuidan, acarician y enseñan.

Apenas entrado en el sistema fonético, este no pasa de balbuciente y reducido a simples gesticulaciones, a gemidos y gritos incontrolados y, con dificultad, alcanza la confusa expresión gutural prefonética. El recién nacido y todavía tierno infante ríe, llora, gesticula, siente necesidades, trata de crecer y desenvolverse. Intenta por todos los medios valerse por sí mismo y hace cuanto puede por independizarse. Probablemente aún no tiene conciencia de sí mismo, ni echa en falta la necesidad de expresarse y hablar con corrección y, mucho menos, de hacer uso del sistema «lecto-escriturario».

En la medida en que va creciendo y desarrollándose integralmente, tanto desde el punto de vista fisiológico como desde la perspectiva de su inteligencia y capacidad y a partir del momento en que, roto el pequeño entorno y círculo gregario inicial, entra a formar parte de un mundo mucho más amplio y problemático: la sociedad, el misterio y sorpresa de la vida que empieza a percibir, se agranda para él y la necesidad de demandar, de comunicarse, de transmitir sus impresiones, de preguntar, de vivir y relacionarse con los demás, le obligan a aprender a hablar, a pensar y estudiar el modo de resolver dificultades y obstáculos que día a día le va presentando su propia subsistencia.

Al igual que nosotros, personas adultas, encendemos la luz, la radio, el televisor, el ordenador... o ponemos en marcha la lavadora, el coche, el microondas..., como si conociéramos su sistema operativo y misteriosa interioridad y sin sorprendernos ni preguntarnos y aun sin comprender ni descubrir los mecanismos ocultos y leyes científico-técnicas que los regulan y producen tan admirables efectos, el hombre primitivo y el niño aprendieron a hablar, a perfeccionar el lenguaje, inicialmente sin libros y sin reglas, simplemente oyendo hablar lo que sus padres y el círculo más próximo de familiares y amigos le transmitían: conocimientos, experiencias, narraciones, información, cantos, preguntas...

Esto indica que la primera fuente del conocimiento humano fue oral, con apoyo lógicamente, de nuestra capacidad sensorial e intuitiva. El hombre de todos los tiempos y, en particular, el hombre primitivo, a la vez que fue conociendo las palabras y su significado, lentamente aprendió, primero, a hablar conforme a sus mayores y allegados y, poco a poco, con referencia al hombre prehistórico, adquirió capacidad y destreza para confeccionar las herramientas de defensa y los útiles imprescindibles para la realización de los distintos trabajos y actividades; con ellos podía hacer frente a los peligros, cultivar la tierra y hacerla producir más y mejores frutos y conseguir todo lo necesario para su protección y sustento. Aprendió también a sembrar y cosechar inventando la agricultura; a cazar animales para matarlos, alimentarse y vestirse e, igualmente, a atraparlos vivos para después domesticarlos, reproducirlos y utilizarlos en desplazamientos, trabajos y transportes, dando así origen a la incipiente ganadería.

La necesidad le obligó a aprender a defenderse del hambre, del frío y de sus enemigos, a hacer fuego, a descubrir y dominar las fuerzas y leyes de la naturaleza y, lentamente, va aprendiendo también a escribir y descubrir la importancia y valor del desarrollo y dominio de las letras, de las ciencias, de las técnicas y del arte, hasta alcanzar límites increíbles.

Convencidos los seres humanos de que la información y el conocimiento, fruto de la inteligencia, de su capacidad y del esfuerzo, constituyen por sí mismos un auténtico poder y son herramienta indispensable y de aplicación constante y múltiple para su propia proyección social y para el ejercicio de sus actividades y gustos preferenciales y, sobre todo, para el desarrollo en libertad de la propia personalidad, desde muy pronto incorporan a sus vidas y a la sociedad en que se desarrollan tanto el lenguaje hablado como el escrito o simbólico.

La curiosidad, interés e inquietud inicial que el niño siente desde que adviene a la vida, por conocer, crecer y adaptarse al medio ambiente, necesariamente deberán compaginarse con el trabajo y con otros tipos de actividad, entre otras, la observación, el estudio y el aprendizaje de los lenguajes interrelacionales por antonomasia: el hablado y el escrito, ambos transmisores-difusores. La culminación de este complicado proceso interactivo terminará afectando no sólo a la organización y sistematización racional del pensamiento sino también a la estructuración y conocimiento en profundidad de los principios de la lógica-matemática, de la física-óptica, de la medicina, bioquímica e ingeniería técnica..., en estrecha dependencia con la eclosión de la fantasía e imaginación.

## LA ESCRITURA COMO FENÓMENO SOCIO-CULTURAL SUPERESTRUCTURAL

La capacidad intelectual y volitiva, fuerza motriz innata en el ser humano, que le incita y espolea a aprender, transmitir y comunicar sus deseos, ideas, experiencias y cortos conocimientos iniciales, se amplía y multiplica enormemente no tanto con la aparición, invento y difusión de la escritura cuanto con su aprendizaje, dominio y utilización, por parte de quienes reconocen su mérito, valor y amplias posibilidades de aplicación, máxime al comprobar que tal sistema operativo-comunicativo les permite pasar de lo oral a lo escrito y emplear simultánea e indistintamente la lengua hablada y su soporte o substrato simbólico: la escritura, distinta del lenguaje oral y hasta separable de éste pero, por lo general, íntimamente vinculada e inseparable de la oralidad y del lenguaje pensado.

Con el aprendizaje activo de ambos medios de comunicación e interrelación, la transmisión o memoria-tradición y la memoria simbólico-alfabética, mediante una serie de mecanismos psicosomáticos, las posibilidades de desarrollo y perfección intelectual, de comprensión y de transmisión resultan totalmente reforzadas y multiplicadas. La adquisición del lenguaje oral y el aprendizaje y dominio de la escritura y de su lectura, en cuanto medios de transmisión y respuesta a las innumerables preguntas que suscitan su inquietud y curiosidad natural, pronto llegarán a constituirse en termómetro e índice social y visible del nivel intelectual del hombre y de la sociedad.

A juicio de eminentes lingüistas, antropólogos, pedagogos, psicólogos y psicoanalistas, la estructuración y desarrollo orgánico de la mente humana —tendente inicialmente a relacionar hechos y circunstancias y a sacar, de esta interrelación causal y pensamiento lógico, conclusiones limitadas de diverso orden y calibre en cuanto a relación de causa a efecto— conlleva y facilita la sistematización y organización del pensamiento del niño, produciéndose en él un profundo cambio de mentalidad, precisamente en el momento en que adviene a lo simbólico, es decir, cuando pasa, de distinguir iconos, marcas, señales y símbolos, al aprendizaje y dominio sistemático del lenguaje simbólico «lecto-escriturario».

Su nivel de comprensión, inicialmente exiguo y limitado, al sentirse espoleado por el deseo y necesidad de ampliar y enriquecer sus conocimientos y de reajustar el proceso intelectual del pensamiento y raciocinio lógico —base para la adquisición conocimientos posteriores más amplios y profundos— le ayudará a ahormar y organizar su propia mente y, puesto que la idea y el pen-

samiento no son otra cosa sino el lenguaje pensado, su nivel de comprensión de la relación casual y de la codificación de los significantes, contribuirá a que su actividad intelectual, sus habilidades y destreza manual, mecánica, deportiva, artística, imaginativa, etc., se asienten sobre pilares iniciados en etapas anteriores, tal vez poco firmes e inseguros pero, desde ahora, cada vez más sólidos y amplios.

Debido a esta ineludible necesidad que incita al hombre a proseguir su desarrollo natural intelectual, mediante un proceso continuo educacional y de formación integral, el conocimiento científico y tecnológico y la propia cultura dejan de ser punto de adorno social para convertirse en valores positivos de prestigio, oportunidad, experiencia, estrategia y liberación.

Nadie medianamente informado y conocedor de la invención, desarrollo y evolución de la escritura —desde sus formas y expresiones más rudimentarias de los primeros tiempos hasta el advenimiento de la escritura alfabética moderna o sistema de signos y símbolos gráficos con valor fonográfico o escritura «fonético-alfabética» (siglos IV-III a. C.) en representación del pensamiento y de la palabra, y con desarrollo ulterior gracias a la imprenta y técnicas actuales de tipo audiovisual y electrónico-informático, mucho más rápidas e imaginativas y, a la larga, más baratas y estimulantes— puede negarse a reconocer la validez y practicidad de este largo e intrincado proceso con capacidad para crear un mundo comunicacional prácticamente sin fronteras, en el que aminorándose y casi desapareciendo el emisor y receptor: autor y destinatario, destacan fundamentalmente el mensaje y la información, en muchos casos, audiovisualizada.

El documentalismo y la informática actuales marcan una nueva línea de investigación en lo que al estudio de la escritura y del documento se refiere, con una proyección volcada casi en exclusiva a la información rápida y sin fronteras, prescindiendo por completo de su valor, objetividad y clasificación gráfica, de su estrecha relación con la historia de la cultura, de las nuevas corrientes historiográficas, de su devenir histórico, y de la naturaleza del texto y contexto: cronológico, geográfico, ambiental, cultural y social.

En realidad, la mayoría de los documentalistas e informáticos de la «nouvelle vague» se han apropiado del postulado vertido por M. Cohen en su obra: «La grande invention de l'écriture et son evolution» (París, 1958, 3 vols.), que en síntesis dice: «El uso de la escritura está en función de su utilidad en una sociedad concreta».

Si admitimos como realidad incuestionable la interacción y estrecho vínculo existente entre aprender a hablar y aprender a leer y escribir, y elevamos

a categoría de principio científico la idea postulada actualmente por numerosos científicos que sostienen que el lenguaje hablado y los lenguajes: escrito y leído, distintos entre si pero inseparables y de tal modo interrelacionados que los dos últimos sólo existen en función del oral, predecesor de ambos y en buena medida base inicial común, junto con el pensamiento o lenguaje pensado, del que derivan, se hace imprescindible admitir también que en el complicado y larguísimo recorrido y proceso de formación de la escritura y lenguaje simbólico-gráfico y en la comunicación visualizada han tenido que concurrir una serie de invenciones y circunstancias trascendentes con incidencia, directa o indirecta, en el avance y desarrollo humano-cultural, social, político, tecnológico, jurídico-administrativo, comercial e industrial de la Humanidad.

Yo personalmente —como he indicado más arriba— atribuyo este proceso e intento de solución del problema de la interrelación, comunicación e información, más a las necesidades y al deseo de superación que conlleva la adquisición de nuevos valores, procedentes del natural desarrollo del pensamiento, de la imaginación y creatividad humana, que a la revolución industrial: inglesa y norteamericana y a la revolución política francesa.

Efectivamente, el reto de la propia superación en cuanto a ser, saber, conocer y poder hacer, y la aspiración innata en el hombre a dar una respuesta adecuada a algo tan esencial para la vida social y el desarrollo económico-administrativo, industrial, político, científico-cultural, tecnológico, etc. de los pueblos, difícilmente pueden desvincularse del problema de la interrelación, comunicación y difusión ideológica, jurídico-legislativa, tecnológica..., conseguido y estimulado por la magia de la transformación del mensaje «pensado-hablado» en «lenguaje-mensaje» escrito o audiovisual, gracias bien a un conjunto de signos y símbolos gráficos, bien a la sonorización y visualización de los mismos y, no menos, por algo, tan simple como perceptible, que experimentamos todos: que, se aprende mejor y más fácilmente lo que nos interesa de verdad que aquello que nos aburre y apenas dice nada.

Quizás mi razonamiento no sea lo suficientemente elocuente y probativo ni resuelva en toda su profundidad la misteriosa y, a la vez, complicada realidad del invento de la escritura moderna y actual, ampliable al dominio del arte y de las técnicas de leer y escribir, pero ciertamente ayudan a explicar y conocer mejor el proceso escriturario y a considerar la escritura como camino y medio de conocimiento y, a la vez, como factor clave para la integración o reintegración socio-cultural del hombre en el mundo del progreso y de la civilización.

Hoy por hoy, nadie se atreve a negar que la invención, desarrollo y evolución progresiva de las lenguas: habladas, leídas, escritas y visualizadas, forman parte del patrimonio común de todos los pueblos que hacen uso de ellas y, sobre todo, que constituyen un bien socio-cultural trascendente y profundamente arraigado en la vida y actividades humanas, cuyo dominio y utilización redundan, como pocos bienes, en provecho de toda la Humanidad y, sobre todo, del hombre civilizado, por naturaleza sociable, y de la sociedad en general.

## PROCESO EVOLUTIVO Y DESARROLLO DEL LENGUAJE SIMBÓLICO-GRÁFICO

El hecho de que en los albores de la Humanidad —varios milenios antes de Cristo— las sociedades más antiguas necesitasen entre 2000 y 6000 o más signos para expresar y representar sólo parcialmente sus palabras, lenguas e ideas y que bastantes siglos después, hacia el siglo cuarto-tercero antes de Cristo en Mesopotamia y Egipto, en la India y China, etc. los acadios, hititas, sumerios, egipcios, indios, chinos, etc., por citar sólo algunos pueblos y culturas, lograron reducirlos a 600 caracteres cuneiformes, pictográficos e ideográficos... y que en pleno desarrollo de las culturas: fenicia, griega, romana y árabe —las más relacionadas con la nuestra— con menos de 30 de sus signos, entre alfabéticos y los complementarios ortográficos, de corrección, etc., pudiesen escribir y representar sin ninguna limitación prácticamente la totalidad de sus conocimientos, ideas, experiencias, deseos..., creo que es el mejor exponente del alto grado científico-cultural y técnico alcanzado por el hombre inmerso en tales civilizaciones y culturas, realidad, por otra parte, inexplicable sin la existencia de un elevado nivel intelectual, social, económico, tecnológico, etc., de las sociedades a que pertenecían.

Baste recordar que las lenguas habladas, las «protoescrituras» más primitivas y embrionarias y el lenguaje simbólico-alfabético, en sus orígenes presentan formas sumamente rudimentarias en cuanto a dominio y riqueza de simbolismo y expresión y, no menos, en cuanto a número de palabras, y que el sistema y modo de fijación, emisión, difusión y conservación de sus mensajes y significados, con anterioridad al siglo III a. C., aunque elocuentes, son sumamente limitados y con frecuencia poco precisos.

Los monumentos pétreos megalíticos conservados, al igual que los signos cuneiformes de los acadios, la escritura jeroglífica egipcia y de los pueblos mesopotámicos, la cúfica, las primeras pinturas rupestres del paleolítico, esparcidas por diversos continentes en forma de «cromlechs», «menhires», «dólmenes», «rocas» talladas y pintadas al aire libre o en configuraciones fijadas en bóvedas, revestimientos estructurales y paredes murales de cuevas prehistóricas, ciertos «instrumentos nemotécnicos», «cinturones» de tejido bordados, «bastones mensajeros», «tarjas» de madera con muescas y signos, «conchas» de distintos moluscos y trozos de cerámica («ostraka»), «quipus» y «wampus» con cordeles anudados de distintos colores, grosores y variable disposición, «chales» de piel o tejidos, de procedencia incaica, con cuentas de vidrio y otros adornos, etc., pertenecen a la primera fase o andadura inicial de los primitivos lenguajes simbólicos-alfabéticos convencionales, que muchos denominan «prealfabéticos».

En una segunda etapa, la Humanidad y casi todos los pueblos antes citados, logran llegar a formas socioculturales de comunicación e información más avanzadas y desarrolladas, sirviéndose de pictogramas, ideogramas y símbolos fonemáticos silábicos, para dar paso —en una tercera etapa— a la invención de la escritura y alfabetos modernos o sistema escriturario de signos y símbolos: manuales, mecánicos, fotográficos, magnéticos..., cada vez más perfectos y adecuados en orden a la representación de la palabra y del pensamiento, con desarrollo ulterior, ya en nuestros días —cuarta etapa— de las técnicas actuales de tipo audio-visual, electrónico e informático, con base en sistemas lógico-matemáticos, físico-ópticos y técnicos cada vez más rápidos, imaginarios y estimulantes y en estado de transformación y perfeccionamiento constante, en consonancia con la progresiva introducción de nuevos sistemas informáticos en distintos ámbitos de la vida y actividad humana e íntimamente ligados a las necesidades y exigencias de una sociedad cambiante y con aspiraciones a alcanzar mayores cotas de bienestar material y de elevación científica, técnica y cultural.

## JUSTIFICACIÓN DE LA ESCRITURA Y DEL SISTEMA GRÁFICO COMO MEDIO TRANSMISOR-DIFUSOR DEL PENSAMIENTO Y DEL LENGUAJE

Tanto la perfección lingüística como la gráfica o simbólico-alfabética —calificada, por Galileo Galilei y por otros pensadores y expertos en procesos lingüísticos y escriturarios, de auténtica conmoción cultural y social para

la Humanidad, con evidentes repercusiones en el campo social, científico cultural, empresarial, tecnológico, político..., en cuanto medio, primeramente, de interrelación personal de alcance limitado y, después, de amplia comunicación comunitaria, jurídico-administrativa, legislativa y publicitaria— alcanzarán el cenit y plenitud de su desarrollo y utilidad como medios de transmisión, información y publicidad en la medida en que el manejo, utilización y dominio de dicho arte y medio transmisor-difusor, fruto de diversos procedimientos, técnicas y sistemas, entren como herramienta indispensable en la vida y costumbres de la sociedad y de cada persona. Y esto ocurre cuando la sociedad y personas que la integran, se percatan de las ventajas que les proporciona la escritura y los distintos lenguajes hablados, no sólo en el momento de fijar y transmitir mensajes, conocimientos e informaciones sino también a la hora de conservarlos y de recuperar la memoria histórica colectiva de un período concreto, integrado en el acervo social, cultural e histórico de cualquier pueblo, país o Estado.

Si como parece demostrado, el medio básico de información y transmisión cultural del hombre primitivo, anterior al invento de la escritura alfabética moderna, fue la memoria generacional y la tradición oral de persona a persona o de persona a grupos más amplios, depositadas en un número exiguo de profesionales dotados generosamente de esta facultad memorística-retentiva, debido a la levedad y fugacidad de la palabra: «verba volant», a la fácil alteración del mensaje, a sus requerimientos presenciales y limitaciones de tipo geográfico y temporal, con el riesgo añadido de su posible tergiversación y, lo que es peor, con inevitable sujeción al olvido, resulta normal pensar que, cuanto antes y en la medida de lo posible, la Humanidad buscase la forma de sustituir la memoria colectiva, la individual y aun la propia transmisión oral por medios de fijación y comunicación más fiables y ventajosos que permitiese a los hombres plasmar en soporte más duradero: ladrillos de arcilla, tabletas enceradas, pizarras, grafitos, papiro, pergamino o cualquier otro tipo de material apto, sus mensajes y de transformar la información, valiéndose de sistemas de signos y símbolos convencionales de interpretación generalizada y de uso común en todos los pueblos civilizados, es decir, la escritura: manual, impresa, electrónica, etc., medio universal y de probada garantía y, por lo general, mucho más fiable y menos expuesto a error y deformación que el lenguaje articulado: la oralidad, fugaz por naturaleza. La escritura —en expresión de E. Lledó— representa una forma sutil de superar el carácter efímero de las palabras perdidas en el aire de quien las dice (*Lenguaje y memoria*, p. 166.).

Resulta curioso y a la vez sublime pensar que bajo la escritura y objetos escritos —puesto que la escritura en sí, es decir, en abstracto y en el aire, prácticamente no existe, ya que el conjunto de signos gráficos de que se compone está vinculado y forma un todo con el soporte— subyacen de algún modo el pensamiento o lenguaje pensado y el lenguaje articulado (oral), en este caso reducidos a testimonios escritos, fruto del entendimiento y de la voluntad y consecuencia, como repetidas veces he dicho, de la interacción admirable y continua existente entre los distintos mecanismos de la actividad humana que actúan, a modo de causa motriz decisiva, en la adquisición, coordinación y perfeccionamiento de los distintos lenguajes que, una vez sincronizados, dan como resultado el desarrollo y organización del propio entendimiento y convierten la escritura en uno de los mejores medios de comunicación intelectual, informativa, publicitaria y de gestión administrativa, recogidos a lo largo del tiempo en inscripciones, documentos y libros y completada en la actualidad por la revolución tecnológica de la telecomunicación y por la aplicación de los nuevos sistemas operativos cibernético-telemáticos e informáticos, bajo la denominación de medios automatizados: audiovisuales, telecomunicativos y electrónico-informáticos con un vasto campo de aplicaciones, tanto al conocimiento histórico, condicionado por la «escritura» y el «escribir», y a los lenguajes simbólicos y técnicos, como a distintos sectores y aspectos de la vida social, económico-administrativa, empresarial y, sobre todo, al campo de la matemática superior, a la biogenética, medicina, ingeniería, archivística, biblioteconomía y documentación.

## PLASMACIÓN DEL PENSAMIENTO-IDEA Y DEL LENGUAJE EN DOCUMENTOS, LIBROS, INSCRIPCIONES, DISQUETES Y MEDIOS TELEMÁTICOS: ELECTRÓNICOS, AUDIOVISUALES, ETC., DE NUESTROS DÍAS

Aunque es cierto que tanto las inscripciones, los documentos y libros: antiguos, medievales, modernos y contemporáneos, y los nuevos lenguajes simbólicos-telemáticos, desde los orígenes de la civilización hasta nuestros días, fueron y siguen siendo testimonios escritos o, al menos, plasmaciones audiovisuales escriturarias y, por supuesto, medios básicos de interrelación y comunicación, científico-cultural, social, publicitaria y de gestión administrativa, sin embargo la fijación y transmisión de tales actos y mensajes es diversa: a) en cuanto al procedimiento: manual, mecánico, fotográfico, magnético, elec-

trónico, informático, audiovisual; b) en razón de la naturaleza del contenido de la transmisión: jurídico-documental y administrativo-legislativo o descriptivo-narrativo, didáctico, doctrinal, literario... y, sobre todo, c) por la finalidad, amplitud y perdurabilidad de la documentación, según se trate de hechos, actos, negocios o normas registrables de naturaleza jurídico-diplomática, contractual, administrativa, preceptiva..., de ideas, conocimientos, descripciones, exposiciones, etc., de tipo científico, doctrinal, técnico, didáctico, literario, histórico o puramente informativo o, más bien, publicitario e informático, en unos casos, con carácter permanente y universal y, en otros, de corta duración y de tipo ocasional.

La necesidad de regular los derechos y obligaciones, el comercio, las transacciones, contratos y convenios nacionales, internacionales o personales, de otorgar títulos, de emitir mandatos y comunicar mensajes, informes o meras noticias, de administrar y disponer de los bienes propios y de dejar constancia de todas estas actividades y actos, obligó al hombre, a la autoridad, a la sociedad, a los Gobiernos y a los propios Estados a pasar del simple convenio y disposición oral y amigable al testimonio grabado o fijado por escrito, mucho más firme y perdurable, redactado en forma pública o privada, más o menos solemne, con categoría de acta, de ley, de ordenanza, reglamento, de simple carta o de noticia, y sometido, en cuanto a estructura, letra y formalidades a determinados cánones y normativa, hasta dotar de garantía, credibilidad y fuerza probatoria la documentación y, en particular, el documento: «jurídico», «administrativo» y «diplomático», convirtiendo el testimonio escrito no sólo en medio de comunicación e interrelación social y democrática por excelencia sino también y, al mismo tiempo, en instrumento jurídico regulador de derechos y obligaciones o, al menos, en instrumento de propaganda, cuando no de poder e integración político-social y administrativa, en cuanto manifestación de la voluntad del gobernante, de la autoridad o del mandante.

Una vez inventada la escritura alfabética, la necesidad de interrelación y comunicación humana y social no se limitó a sólo la gestión administrativa, regulada por contratos, leyes, mandatos, normas fiscales y puras noticias, muy pronto o quizás al mismo tiempo que la documentación jurídico-administrativa, debió surgir entre los hombres y pueblos una nueva necesidad: la de comunicar sus conocimientos, ideas, sentimientos y experiencias, sus tradiciones, leyendas y epopeyas, y esto se consiguió mediante otro medio comunicador, sumamente útil para la consulta y lectura: el «libro», de carácter didáctico e intelectual, literario, recreativo-narrativo...

A mi entender, el libro nace para cubrir una necesidad de marcado sabor intelectual y cumplir con una función comunicadora similar a la del documento, pero, diferente en cuanto a naturaleza y finalidad del mensaje a transmitir y diferente también respecto: 1) de los protagonistas de la comunicación y receptores del mensaje; 2) de la estructura y formato externo, y, sobre todo, 3) en cuanto a dinamismo y alcance.

El libro se estructura inicialmente con tablillas de arcilla y enceradas, más tarde, adopta el formato de rollo o volumen de papiro y, en algunos casos, también de cuero y papel, para terminar tomando la forma de códices a base de cuadernillos yuxtapuestos y cosidos entre sí, con soporte de pergamino o membranas de cuero, de papel o de pasta magnética, y desembocar, ya en nuestros días, en el disquete de material plástico flexible y en los llamados «libros virtuales» de ordenador, con dispositivos almacenadores y de utilización constante en computadoras y ordenadores, dirigidos a las generaciones presentes y a las venideras.

Finalmente, las «inscripciones» y «letreros epigráficos», los «graffiti» modernos, los carteles anunciadores y posters publicitarios y los anuncios luminosos actuales, también fueron y siguen siendo medios de comunión y difusión eminentemente social, propagandística y publicitaria, en unos casos, de carácter solemne y perdurable, como los decretos imperiales, los senado-consultos y las pragmáticas legislativas y, en otros, de corta duración y más bien ocasionales, de tipo propagandístico, comercial, político, reclamatorio, inconformista, etc., con mensajes dirigidos a un público lo más amplio posible, principalmente durante las Edades Antigua, y Media, pero que perdura como reclamos, propaganda... hasta nuestros días.

Colocadas estas inscripciones y letreros en lugares visibles y fijadas, las más de las veces, sobre material duro: muros, monumentos, paneles y objetos de madera, cerámica, cristal, monedas, sellos, escudos..., por el procedimiento y sistema de la incisión, del grabado, de la escritura o pintura y mediante técnicas propias en cuanto a confección y redacción del texto, elección y preparación del soporte, y delimitación y distribución del campo escriturario y peculiar modo de ejecución y trazado en razón del instrumento escriptorio, del soporte..., el sistema epigráfico, con caracteres alfabéticos y gráfico-simbólicos adecuados: mayúsculos, minúsculos o cursivos, alcanza —dentro de la sociedad y en determinadas épocas— el rango de portador-transmisor de numerosos mensajes de contenido diverso: legal y de dispositivo-informativo o de carácter: jurídico, administrativo, comercial, transaccional, conmemorativo, consecratorio, propagandístico,

devocional, catequético-doctrinal, litúrgico, fundacional, epitáfico-sepulcral o de mera noticia.

En determinadas épocas y civilizaciones, particularmente antes del descubrimiento del papel e invención de la imprenta, la función publicitaria y difusora de gran parte de los mensajes, noticias y actos transaccionales se realizaban por medio de inscripciones, llegando en ocasiones a ser sucedáneo del libro didáctico y el precedente y sustitutivo del documento y de la documentación escrita, tanto antigua, como medieval y moderna.

Al valor histórico de las inscripciones, en cuanto expresión lingüística y cultural, hay que añadir otros valores de orden jurídico-administrativo, social y propagandístico de distinta naturaleza y alcance, sin omitir el de fuente documental escrita, y el simbólico-ideológico, vinculado a la historia de las mentalidades.

Nadie, con un bagaje mínimo de formación científico-cultural, puede negar que los documentos y la documentación escrita, los libros, las inscripciones y, en términos generales, los objetos y textos escritos han sido y siguen siendo instrumento gestor de gran parte de la administración y símbolos gráfico-alfabéticos representativos fonemáticamente de la lengua hablada, de alto significado socio-cultural e importantes medios —a veces únicos e insustituibles— de interrelación y comunicación social y publicitaria. Y si es verdad que estos soportes, instrumentos y medios simbólicos convencionales de uso común han servido para dar forma, materializar y transmitir cantidad de mensajes, actos y negocios, yo pregunto: ¿la escritura en si misma y en cuanto proceso gráfico-escriturario, no ha sido, si no el principal, al menos uno de los principales canales y vehículos de comunicación y difusión científico-cultural, comercial y social de que se han servido los hombres y los pueblos y, a su vez, un interesante y válido sistema lingüístico de tipo formativo y educacional? Sería bueno poder descubrir en los textos escritos algo tan interesante y, a la vez, enigmático como la intencionalidad de quien escribe y más interesante aún, descubrir de que modo y en que medida el conocimiento y saber histórico está condicionado por la escritura, lo escrito y lo leído.

## DIFICULTAD Y ESPINOSO PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA, ESTUDIO Y APRENDIZAJE DE LA ESCRITURA Y SISTEMAS ESCRITURARIOS

Si la escritura y lo escrito —como queda dicho— se realiza y obtiene mediante sistemas gráfico-alfabéticos de símbolos y signos convencionales aceptados por la sociedad y representativos de las comunicación oral e icó-

nica y, en último término, del pensamiento y lengua hablada y, además, ha sido y es canal y vehículo principal de gestión e interrelación y de comunicación e información social y publicitaria, parte integrante de la cultura e historia de la Humanidad y del conjunto de los pueblos, fuente documental de primer orden, signo externo diferencial de carácter social y cultural, instrumento de poder, reflejo de las distintas mentalidades e idiosincrasias..., parece lógico que su enseñanza y conocimiento ocupe un puesto adecuado dentro de los distintos ramos del saber y disciplinas educativas y científico-culturales, siempre en consonancia con su alto valor y significado cultural, educativo, social, histórico, antropológico, filológico, lingüístico, informativo, psicológico, jurídico-administrativo, gráfico-simbólico, político e historiográfico.

Y si la escritura en si misma es cultura y signo cultural y de civilización y es medio de conocimiento e instrumento educativo-cultural enraizado en la vida social y actividad de los pueblos tanto o más que el resto de las artes plásticas y liberales, y la ciencia que la estudia en profundidad, en cuanto a origen, evolución técnicas y modo de fijación y producción, diversidad de formas y sistemas gráficos, significado, valoración, etc., es la Paleografía, a dicha disciplina y a los docentes que imparten su enseñanza corresponde explicar científica y técnicamente el fenómeno gráfico en si y, no menos, la evolución e historia de la escritura y de la cultura escrita, las técnicas y modos peculiares de fijación y producción de las distintas formas y tipologías de plasmación y evolución gráfica, en íntima conexión con el sistema utilizado, el contenido del mensaje, ambiente y nivel cultural, social y económico, político, etc. en que se origina y que de algún modo refleja, sin prescindir de otros aspectos y facetas de interés subyacentes en ella. Omitir en el estudio de la escritura uno o más de los aspectos reseñados, equivaldría a aminorar su valor y significado: científico-cultural, educacional, didáctico, de erudición, de memoria colectiva... que, en modo alguno, puede reducirse al utilitario y práctico de simple lectura, ni a su dimensión comunicativa y publicitaria.

Mediante el estudio y análisis científico-técnico de la escritura, podemos llegar a saber, comprender y valorar el mensaje escrito, cuándo y dónde se redactó y escribió, quién o quiénes fueron sus autores materiales y formales y la personalidad y habilidad de estos, por qué y para qué se escribieron tales textos o anuncios publicitarios, quiénes fueron los destinatarios y receptores directos e indirectos del escrito, qué uso y repercusión social, cultural, científico-educativa y práctica ha tenido el estudio, lectura, aprendizaje e interpretación de la escritura y de lo escrito.

Es forzoso reflexionar sobre este interrogante: de todos estos aspectos, facetas, caras y valores inherentes a la escritura ¿cuál o cuáles deberían resaltar como prioritarios y darles mayor valor e importancia en la docencia escolar y universitaria? ¿Nos quedamos con una ciencia y enseñanza paleográfica estática y puramente descriptiva, auxiliar e instrumental o, al contrario, preferimos una enseñanza dinámica, interpretativa, científico-cultural y formativo-educativa, con campo propio, técnicas y métodos peculiares y personalidad propia?

Una simple mirada retrospectiva sobre los antecedentes de la docencia y estudios paleográficos, nos permitiría ver y reconocer las distintas trayectorias, finalidades y objetivos propuestos y seguidos por la Paleografía y por los docentes de dicha disciplina, que yo simplifico y reduzco a los siguientes: 1) enseñar a leer, interpretar y fijar los textos o paleografía instrumental de lectura; 2) a analizar estructuralmente los elementos esenciales y modificativos de que se compone la letra de cada ciclo, período y sistema escriturario y describir su soporte y circunstancias, equivalente a paleografía de análisis; 3) a dar especial valor a la escritura, a su historia y evolución gráfica (=estudio del fenómeno gráfico en todas sus dimensiones y aspectos en cuanto lenguaje simbólico, instrumento administrativo-gestor y medio interrelacional y de comunicación y expresión científico-cultural e histórica, que muchos denominan historia social de la escritura escrita o paleografía crítica) y 4) a describir, interpretar, contextualizar y valorar los testimonios escritos en cuanto fuentes de datos, manifestaciones socio-culturales y signo externo diferencial de distinta naturaleza, contenido, significado y color, en estrecha relación con la filología, la lingüística, el derecho, la sociología, la historia en general y, más en concreto, con la historia del derecho y de las instituciones, la historia económico-social y político-administrativa y la historia de las mentalidades y de la cultura.

Sin salirse de esta línea de investigación, no faltan quienes abogan por el estudio grafológico, el análisis antropológico y el estudio crítico-cultural que permite su lectura e interpretación, decantándose su interés por el significado y valor de la alfabetización, por la historia y significado de su representatividad y poder político y social, implícito tanto en la escritura como en el proceso del alfabetismo y de la alfabetización y, finalmente, por la historia de la producción, almacenamiento, reproducción y difusión de los testimonios: manuscritos, impresos, fotocopados, audiovisuales, electrónicos, etc., realizados por cualquier medio o procedimiento tecnológico.

Para no pocos psicólogos, antropólogos y psicopedagogos modernos, la escritura y el aprendizaje del proceso escriturario —en cuanto lenguaje simbólico íntimamente relacionado con el pensamiento (lenguaje pensado) y la palabra (lenguaje oral)— ejercen en la persona, desde su tierna infancia, una función decisiva a la hora de ajustar y ahormar el cerebro y, sobre todo, en orden a la modelación, estructuración y gobierno de la cabeza. Su aprendizaje y uso contribuyen, como ningún otro medio, a robustecer sus facultades intelectivas y volitivas y a acrecentar su personalidad, favoreciendo su crecimiento integral psicosomático dentro del ambiente y sociedad en que, gracias a dicho lenguaje, lentamente va integrándose, y espoleado por las ventajas que le ofrece, termina por asimilarlo en calidad de instrumento cultural globalizador y de máxima utilidad dentro de una sociedad tendente, por naturaleza y necesidad, al desarrollo, al bienestar y a la consecución de mayores niveles socio-culturales.

Cuantos piensan así, no dudan en afirmar que los valores máximos del lenguaje escrito radican más en la función formativa y educativa que ejerce en la mente y facultades de quienes la aprenden y utilizan que en todos los demás de interrelación, comunicación, fijación, información, publicidad, etc., de las ideas, deseos, actos, órdenes..., y aun de la representación fonemática de la lengua y, sobre todo, mucho más valiosos e interesantes que los aspectos fenomenológicos, socio-culturales y psicológicos, excesivamente sobrevalorados por las corrientes y tendencias en boga de los últimos decenios del siglo XX.

Desde mediados del siglo XX (ca. 1945) hasta principios del siglo XXI, el estudio de la escritura se ha diversificado tanto, que no se puede hablar de orientación única y global sino de numerosas líneas de investigación: filosófica, antropológica, cultural, social, histórica, filológica, política, informativa, grafológica, psicológica, pedagógico-educativa, sociológico-ambiental, tecnológica, de interrelación y comunicación, o en relación con las ciencias políticas y sociales, historia de las mentalidades y de la alfabetización, informático-documentalista e ideológica..., y un largo etcétera de líneas de investigación, indicativas, para no pocos, del buen estado de salud de las ciencias historiográficas —y en particular de la Paleografía— que se ocupan de la escritura.

Yo respeto y aplaudo la diversificación de todas estas nuevas líneas de investigación y de las que en lo sucesivo puedan ir apareciendo, siempre y cuando sean serias y tengan altura científica, ya que estos enfoques contribuyen, sin lugar a dudas, a descubrir nuevas facetas y valores de la escritura y lo escrito, y permiten una mejor comprensión del fenómeno gráfico, con-

textualizado dentro de las coordenadas de tiempo, lugar, sociedad, ambiente cultural, político, social, mentalidad, finalidad y alcance de sus contenidos..., y no menos del estado de alfabetización y significado de las prácticas escritas y de lectura, convirtiendo el mensaje escrito y leído en un hecho histórico de especial relieve y significado, cuya interpretación correcta y en todas sus facetas facilita una visión más amplia y un conocimiento más profundo e integral del pasado.

La Paleografía, ciencia-técnica por antonomasia de la escritura y lo escrito, de su evolución e historia, debería estar abierta a todas estas disciplinas históricas y, en particular, a aquellas que se ocupan directa o indirectamente del fenómeno escriturario y distintos sistemas gráficos, ya que todas ellas, con enfoques y fines diversos, inciden en una realidad no abstracta sino muy concreta, totalmente enraizada en la sociedad, la cultura y ambiente histórico-social, político y jurídico-administrativo.

Sin embargo, me parece fuera de lugar afirmar que estos nuevos enfoques y estudios son los únicos científicos y los que van a salvar a la Paleografía. Más que a la escritura y lo escrito, estos estudios y nuevos enfoques están orientados hacia la antropología, historia de las mentalidades, tradición oral y escrita, técnicas de comunicación, transmisión y almacenaje de datos, a las ciencias psicopedagógicas, políticas, sociales y económicas, a la grafológicas y de peritación, a la tecnología informática, publicitaria y televisiva, a los procesos de alfabetización y a los usos activos y pasivos de la escritura-lectura y, en último término, a la historia cultural de lo social.

La Pedagogía, la Historia de la cultura y de las mentalidades, la Informática y el Documentalismo, la Antropología y las Ciencias políticas, sociales y filológicas —por sólo citar algunas— son disciplinas científicas con campo, técnicas y métodos propios, distintos de los peculiares de la Paleografía pero relacionados con los estudios paleográficos, máxime cuando se fijan en la escritura, aunque no lo hagan desde la perspectiva gráfica y como fenómeno histórico-cultural en si mismo, sino desde el punto de vista de la interrelación: sociedad-cultura, mentalidad y desarrollo técnico y económico-social, en orden a descubrir su uso y su función y difusión social y a comprender e interpretar las condiciones y elementos propulsores de los procesos de producción, uso, consumo y conservación de la cultura escrita en cuanto fuerza cultural y de progreso.

La reconstrucción de la historia, cerrada en si misma e independiente del resto de las disciplinas historiográficas, no es Historia ni ciencia, sino pseudo-historia y crónica subjetiva. La Paleografía moderna, en cuanto discipli-

na científico-técnica autónoma de la escritura en si misma, con todos sus valores y significados, considerada hoy como producto socio-cultural y superpista de la interrelación, red de redes de la información y motor cultural de desarrollo y progreso científico-técnico, en cuyo substrato conviven de forma armónica: ideas, imágenes, símbolos, voluntad, palabras-sonidos y, por debajo de todo esto, reflejos de situaciones, tendencias, actos socio-culturales y jurídico-administrativos de la vida humana —no puede renunciar a sus principios y finalidad, ni envilecer y pervertir su solidez científica en cuanto a campo, método y técnicas peculiares—.

Creo que los paleógrafos y diplomatas no deberíamos invadir campos y facetas que corresponden a otras ciencias, ni confundir los estudios paleográfico-diplomáticos y codicológicos con los antropológicos, socio-culturales, filológicos o relacionados con las ciencias sociales y políticas y con las técnicas de la información y comunicación. Aceptar esta mezcolanza significaría privar a todas estas disciplinas de su carácter científico y volver a la pura erudición y superficialidad, e imaginar que cada una de ellas es tan sublime y competente que su conocimiento permite resolver la complicada problemática de la existencia y de la vida humana en todos sus aspectos.

La escritura, en cuanto producto y fenómeno socio-cultural y símbolo representativo, lingüístico..., reviste especial interés y transcendencia pero no es único, ni supera y trasciende a otros de tipo social, religioso, político-económico o técnico y, en consecuencia, no se puede supervalorar y, mucho menos, confundir con la Antropología, Sociología, Historia del arte y de la cultura, Metodología histórica, ni con las técnicas televisivas o de información y comunicación y, menos aun, con la Archivística, Biblioteconomía y el Documentalismo.

En la Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo Español (LOGSE) y normativa complementaria (a.1999) se dice taxativamente, en relación directa con el problema de la «lecto-escritura», que la finalidad de la educación es la formación y desarrollo integral del hombre, en orden a posibilitar su capacitación intelectual, social, cultural, ético-moral, su capacidad de iniciativa, etc., dentro de un proceso de educación permanente y en una sociedad en constante transformación y cambio, para así poder responder a las necesidades específicas y exigencias de cada momento. Una formación integral que permita al niño conformar su propia y esencial identidad.

Y al tratar de los objetivos de la educación infantil, respecto del proceso «lecto-escritura», la propia LOGSE destaca dos puntos: a) que el niño consiga enriquecer y diversificar sus posibilidades expresivas, utilizando el «len-

*guaje verbal*» de forma ajustada a las diferentes situaciones de comunicación habituales, para comprender y ser comprendido por los otros, expresar sus ideas, sentimientos, experiencias y deseos, avanzar en la construcción de significados, regular la propia conducta a influir en la de los demás y b) que aunque la enseñanza sistemática de la «*lengua escrita*» no constituya el objetivo esencial y directo de la educación infantil, sin embargo, esto no debe impedir el tratamiento de este sistema, ni la respuesta a los interrogantes que, sin duda, plantearán los niños, siempre desde un enfoque significativo y en relación con otros lenguajes y actividades plásticas que faciliten el desarrollo de su capacidad progresiva y le permitan servirse de la «*expresión*» y «*representación*» como procedimiento y medio esencial de comunicación y elemento educativo.

A la vista de las exigencias y postulados propuestos por la LOGSE en orden a la enseñanza de los lenguajes verbales y simbólicos-escriturarios para niños y adolescentes, que parten de la idea de que tanto la escritura como las lenguas, la literatura, el arte, etc. son caminos de conocimiento, es de suponer —si somos consecuentes— que tales exigencias deberán ser mayores, en grado y medida, de cara a la formación integral y científico-técnica, cuando se trate de jóvenes y adultos que aspiran a una titulación media y, todavía más elevadas, para cuantos cursan carreras universitarias, especialmente para los alumnos de Letras y Humanidades, con aspiración a grados y títulos superiores.

Sin la adquisición, dentro de las distintas carreras y estudios universitarios, de un amplio bagaje cultural y el dominio de medios científico-técnicos, tan útiles y significativos como las lenguas habladas y escritas, difícilmente podremos pensar y menos creer en el desarrollo integral de los universitarios, futuros profesionales, ni atribuir a nuestra sociedad el calificativo de culta. Con semejantes carencias, resulta muy difícil potenciar el establecimiento fluido de relaciones sociales, científico-culturales, mercantiles, comerciales e internacionales entre los distintos pueblos, cada día más necesitados del rápido intercambio y transmisión recíproca de la información, conocimientos, tecnologías, experiencias..., sin duda valiosos, enriquecedores y, en estos momentos, de primera necesidad para una sociedad cada vez más universal y globalizada en cuanto a economía, mercado, modelo de producción y moneda.

Si preguntásemos a un colectivo suficientemente amplio y variado de profesores, investigadores y alumnos de filología, lengua, historia, derecho, biblioteconomía, archivística, documentación, historia del arte, etc. —yo lo suelo hacer cada año, al finalizar el curso académico, a mis alumnos de Paleo-

grafía, Diplomática y Archivística— qué es lo que consideran y les parece más útil e interesante de la enseñanza, estudio y aprendizaje de la escritura y textos escritos y a cuál de las facetas y funciones inherentes al lenguaje gráfico-simbólico preferirían que, el profesorado que la imparte, diera prioridad y mayor importancia, estoy seguro que las respuestas serían distintas, pero probablemente predominarían las puramente utilitarias, instrumentales y prácticas, es decir, las de lectura, fijación, comprensión y valoración de los textos epigráficos, documentales y librarios.

Los partidarios de líneas más modernas, según ellos más renovadoras y en boga, se inclinarían por un tipo de enseñanzas paleográfica más acorde con la antropología, la historia de las mentalidades y de la sociología y fenomenología superestructural de la escritura. Para estos la paleografía de lectura, desciframiento, comprensión e interpretación de los textos, representa una visión sesgada y parcial de dicha disciplina y una valoración excesivamente pobre de la escritura. Con este tipo y forma de enseñanza —añaden éstos— se ha propiciado la idea, profundamente arraigada entre profesores y alumnos, de que la ciencia y conocimientos paleográficos son puramente auxiliares y complementarios y, en consecuencia, supeditados a disciplinas no de mayor predicamento y prestancia científico-cultural pero sí de rango superior dentro del ranking y planes de estudios universitarios.

Desde mediados del siglo XX y, sobre todo, durante sus últimos veinticinco años, tras la precisión del concepto y delimitación del campo de la ciencia paleográfica y del significado, valor y funciones de la propia escritura, y tras el perfeccionamiento de su método: genético-comparativo, analítico-gráfico, crítico-textual e histórico, complementando con la aplicación de las nuevas tecnologías: periciales, grafométricas, fotográficas, espectrográficas, etc. y, sobre todo, con los valiosos servicios de las técnicas: judiciales, informáticas y de laboratorio, de tipo óptico, físico-químico, biológico, electrónico, video-espectrales, espectrométricas..., el rumbo de los estudios y docencia paleográfica, totalmente diversificados, marcha por nuevos derroteros, en los que sin faltar aspectos positivos y de auténtico progreso se advierten no pocas sombras e inconsistencias.

Si se admite que el objeto y campo de la Paleografía es la «escritura» y lo «escrito» en su totalidad material y formal sin exclusión de ninguno de los aspectos y valores que conforman el fenómeno escriturario, parece lógico que los estudios paleográficos consideren como núcleo central y preferencial la escritura en sí y den el valor que le corresponda —por supuesto, siempre menor— a cuanto circunda y subyace en esa parte nuclear.

Hasta ahora —que yo sepa— ninguno de los pertenecientes a la llamada línea renovadora de la Paleografía moderna ha escrito un tratado didáctico de enseñanza paleográfica con indicación de principios, método y técnicas precisas e innovadoras que merezca el calificativo de renovador y que apartándose de lo tradicional abra nuevos y eficaces caminos, aplicables a lo que unos denominan: «Historia de la cultura escrita» y otros: «Sociología de la escritura», «Historia de la alfabetización» o «Historia de las mentalidades».

La excesiva sobrevaloración de la informática documental y la utilización de espectaculares y rápidos medios de reproducción, transmisión e informatización, tanto de mensajes epigráficos como documentales y librarios, constituyen un factor a tener muy en cuenta a la hora de valorar y decidir cuáles deban ser los aspectos principales que, por su importancia científica, cultural y formativo-educativa, primen en el estudio, aprendizaje y enseñanza de la escritura y del proceso gráfico-textual.

La escritura, lo grabado, escrito y audiovisualizado, ya no son simples mensajes estáticos de interrelación y comunicación, fijados por distintos sistemas y medios, ni sirven exclusivamente como fuente histórica para la reconstrucción de la época a que pertenecen.

Sin embargo, sigue siendo cierto y válido que la escritura, aparte de camino y fuente de conocimiento, es un producto humano eminentemente cultural y social, enraizado en la vida y actividades de los pueblos y, por consiguiente, documento, memoria viva y parte importante de la historia de la administración, de la cultura y de la civilización. Es más, la escritura en sí misma es historia y, tal vez, uno de los mejores índices de civilización y de nivel intelectual y cultural de la sociedad a que pertenece.

Para muchos la escritura y lo que subyace en ella es la mejor expresión de la idiosincrasia y personalidad de quienes la utilizaron y sirvieron de ella, en cuanto plasmación y reflejo de su huella, marca y mentalidad, transformada ahora en testimonio documental e informático de tipo cultural e intelectual y en instrumento transmisor y regulador de las distintas actividades y facetas de la vida, con proyección en el campo social, jurídico-administrativo, económico, político, antropológico, vivencial, ideológico, comercial, tecnológico, artístico, etc.

¿Por qué en el estudio, enseñanza y aprendizaje de la lengua y lenguaje escrito se presta más atención y da mayor importancia a unos aspectos que a otros o se atribuye más valor y utilidad a unas funciones que a otras? Responder a esta pregunta en razón de los gustos, de la moda o de la corriente momentáneamente en boga, me parece poco científico y nada académico.

La enseñanza de la Paleografía científica y de su objeto: la escritura de todos los tiempos y su significado y valor, los testimonios escritos y los sistemas gráfico-alfabéticos, dentro del organigrama de la docencia y enseñanza universitaria, tiene una finalidad eminentemente educativa y formativa y, en consecuencia, no me parece lógico, ni provechoso para el alumno, reducir caprichosamente su exposición y estudio a sólo un aspecto o a aspectos intrascendentes, prescindiendo de otros tan importantes o más que los expuestos.

Consideraría un gran fallo y para todos nosotros: profesores y alumnos, un fracaso docente, si con nuestras enseñanzas, principalmente paleográfica-diplomáticas y epigráfico-numismáticas, no capacitásemos al alumnado que ha cursado estas disciplinas para poder acceder y manejar con conocimiento de causa las fuentes escritas y, tras su estudio, saberlas valorar. Pero esta meta o «desideratum» no se consigue si no se comienza por el aprendizaje de la lectura, desciframiento y comprensión de los textos.

Con todo, reconozco que esto no es suficiente y supondría la privación de aspectos y valores culturales sumamente importantes y formativos, en muchos casos, imprescindibles para la interpretación correcta de los hechos y datos históricos y, sobre todo, para la valoración objetiva de numerosas facetas socio-culturales, jurídico-administrativas, políticas, ideológicas e institucionales que subyacen y se reflejan en la documentación y mensajes escritos.

Resignarnos, en nuestras disciplinas, a ofrecer enseñanzas y aprendizajes gastados, obsoletos y sin altura científica y, por tanto, sin credibilidad ni utilidad práctica y formativa, conduciría irremediabilmente al fracaso profesional de los encargados y responsables de impartirlas, al descrédito de dichas enseñanzas y a la desilusión y falta de interés de nuestros alumnos.

Aminorados, al menos parcialmente, el enfoque y tendencias de los estudios paleográficos hacia la filología, lingüística, literatura e historia del derecho y de las instituciones, en boga durante los siglos XVIII-XIX y primera mitad del XX, desde hace casi 50 años, en el basculaje del entorno escriturario han irrumpido corrientes y tendencias innovadoras. Se trata de una nueva forma de comprender y valorar la cultura escrita, sus testimonios, usos y funciones y, en definitiva, su entorno.

En esta nueva visión, el análisis estructural de los elementos esenciales y modificativos de las letras y signos gráficos y, sobre todo, de su función primordial, pasan a ocupar un puesto secundario. Se prefiere ver la escritura como signo de civilización y elemento cultural dinámico de amplia proyección expresivo-representativa en la que el ropaje de revestimiento y circuns-

tancias que la acompañan son tan importantes o más que la propia escritura, ya que sin ellos aquélla resulta incomprensible y mermadas sus funciones y significados.

Basta leer las referencias bibliográficas recogidas por A. K. Bowman y G. Wolf, en su obra *Cultura escrita y poder en el mundo antiguo* (Barcelona 2000, pp. 337-374) sistematizadas mediante epígrafes diferenciadores: cultura antigua y poder en Egipto, Grecia, Persia, Siria, Bizancio..., cultura escrita y ciudad-estado en la Grecia arcaica y clásica, cultura escrita y lengua en Egipto, etc., el poder y la difusión de la escritura en Occidente, en la Judea romana, en el cristianismo de los primeros tiempos, los textos como armas político-militares, la burocracia romana a través de sus archivos, etc., etc., para convencerse de la importancia que actualmente se atribuye a la escritura y a su significado desde el punto de vista: psicológico-antropológico, educativo, científico-cultural, social, grafológico, interrelacional y comunicativo-informativo, patrimonial, ideológico (historia de las mentalidades), artístico, político, jurídico-administrativo, económico, etc.

La enumeración de la enorme bibliografía existente sobre la escritura, tanto de corte clásico como de la relativa a las nuevas líneas de investigación que ofrecen los estudios de: I. Hajnal, E. A. Havelock, H. Haarmann, M. Detienne, A. Bartoli Langeli, M. R. Duglio, M. B. Parkes, U. Eco, E. Lledó, R. Harris, A. Petrucci, R. Cardona, J. Derrida, W. J. Ong, J. Bottéro, J. Godoy, R. Chartier, F. Bouza, N. Torrance, D. R. Olson, J. P. Vernant, G. Cavallo, F. Furet, C. Sáez, E. Ruiz García, F. Gasparri, M. Mac Luhan, S. Zamponi, J. Ozouf, J. Hébrard, H. J. Martín, M. Cartau, F. M. Gimeno Blay, D. F. McKenzie, E. Langer, A. K. Bowman, G. Wolf, C. Blanché-Benveniste..., aparte de inacabable, nos llevaría demasiado lejos; No obstante todas estas obras y estudios corroboran cuanto antecede y aunque la abundancia de artículos y autores reseñados muestran la gran diversificación de la investigación en torno a la escritura, a la lectura y al fenómeno gráfico-escriturario, a su método y técnicas, en relación, más o menos directa, con el lenguaje: pensado, oral y escrito, y aun con otros sistemas simbólicos, sin embargo, los promotores de estas corrientes en boga insisten —como ya he dicho— en la necesidad de resaltar como fundamental y casi en exclusiva ese conjunto de valores, aspectos y significados, hasta ahora —según ellos— olvidados o no contemplados, que subyacen en el lenguaje escrito o producción simbólica y que deberían resaltar-se con el mismo o, quizás, mayor interés científico-cultural y social que los considerados hasta ahora fundamentales, es decir, los estático-prácticos y los comunicativos e informativos y de interrelación.

Las nuevas líneas de investigación, puestas de manifiesto por los autores citados y por otros muchos, que omito en gracia a la brevedad, indudablemente contribuyen a enriquecer la investigación escrituraria tanto libraria como documental y, sobre todo, favorecen el estudio integral y en profundidad de la escritura, del fenómeno escriturario, de los métodos y técnicas peculiares aplicables a su estudio y del conjunto de aspectos y significados socio-culturales que circundan el sistema gráfico propiamente dicho, considerado como un hecho superestructural inseparable de la civilización y cultura de los pueblos e íntimamente relacionado con la personalidad y carácter de cada ser humano, con la lengua: pensada y escrita, con el poder, el progreso y la intercomunicación..., cuyas raíces se hunden en la sociedad y en la vida y actividades diarias.

Estas nuevas aportaciones, aparte de meritorias y dignas de respeto, me parecen atractivas, sugerentes y hasta ambiciosas, pero la amplitud y variedad de facetas del espectro proyectado en torno a la escritura y sistema gráfico es tan enorme y difuso que su estudio resulta inabarcable en cuanto a campo, método, técnicas y aspectos a tener en cuenta.

En más de una ocasión, tanto por escrito como oralmente, en congresos, mesas redondas y jornadas científicas sobre temas relacionados con el estudio y enseñanza de la Paleografía y Diplomática, Cronología, Sigilografía, Archivística, Documentación, Historia del Arte y del Libro..., he manifestado mi opinión respecto de la nueva orientación paleográfica y corrientes de última hora sobre esta temática, en boga fundamentalmente en Italia y con bastante servilismo y menos pujanza en España.

Repito una vez más que yo respeto cualquier corriente y nueva orientación paleográfico-documental: vieja, nueva, moderna o actual, con tal de que estas aporten luz a dichas disciplinas y saberes y, sobre todo, que su aportación sea científica y cultural en el sentido estricto de estos términos. Desde la antigüedad las mencionadas enseñanzas estuvieron vinculadas más a los estudios de Historia, a los institucionales y jurídicos, a los filológicos y lingüísticos y a la historia del Arte, Archivística y Biblioteconomía que a la Sociología, Psicología, Política, historia de la lectura y de la alfabetización, historia de la civilización, de la cultura y de las mentalidades, del carácter, etc.

No creo que estos aspectos —que se proponen como nuevos y recién descubiertos— relativos a la lectura y alfabetización e historia de las mentalidades y del poder, ni los sociales, socioeconómicos, políticos o psicopedagógicos de la escritura, del fenómeno gráfico y de las fuentes documentales escritas, sean los únicos y los más significativos e importantes en orden a la investiga-

ción y menos aún de cara a la formación científico-técnica y cultural de nuestro alumnado de Historia, Arte, Filología: clásica y románica, Archivística, Derecho institucional, Biblioteconomía, Musicología, Documentación e Informática..., Facultades y Secciones y especialidades en las que principalmente se imparten estas disciplinas y conocimientos. Otra cosa sería si nuestros alumnos perteneciesen a especialidades y licenciaturas de Ciencias Sociales y Políticas, Historia de la cultura, Psicología, Pedagogía o Grafología.

Me resisto a pensar que en las Universidades españolas, hoy en día, haya todavía profesores de Paleografía, Diplomática y ciencias afines que limiten su investigación y enseñanza a la mera descripción intrínseca y extrínseca de la documentación o que reduzcan los estudios y docencia paleográfica a la mera lectura y a su análisis gráfico y, sobre todo, que prescindan de esos aspectos y funciones socio-culturales que para algunos de nuestros docentes y profesionales son los únicos que dan valor y carácter científico a todas estas disciplinas.

La reducción drástica del estudio y enseñanza de la Paleografía y Diplomática a la historia de la cultura escrita y a sus aspectos sociales, limita enormemente su campo y posibilidades y, en muchos casos los extrapola y empobrece.

Para ser objetivos y no caer en la superficialidad utópica tendríamos que preguntarnos: ¿el alumnado actual que cursa nuestras especialidades, posee un bagaje científico-cultural tan rico, amplio y profundo como para poder asimilar en cuatro meses tantísimos aspectos: gráficos, históricos, lingüístico-textuales, jurídicos, institucionales, cronológicos, artísticos, sigilográficos, documentales..., para añadir y anteponer otros de índole social, política, económica, publicitaria y pedagógica o relativos a la historia de las mentalidades, usos activos y pasivos de la lectura y escritura, grado de alfabetización, carácter y subconsciente de quien redactó, escribió o intervino en la elaboración del testimonio escrito? Sería deseable y muy útil para todos, que cuantos alegremente critican y llaman tradicionales o anquilosados a quienes no comparten tan luminosas y científicas orientaciones, proporcionaran a profesores y alumnos algún tratado científico o manual universitario valioso que resultase esclarecedor. Todos saldríamos de dudas, evitaríamos desorientaciones y críticas inútiles y, por supuesto, estas enseñanzas y el propio alumnado serían los más beneficiados.

La incidencia de la escritura y del fenómeno escriturario en tantísimos campos del saber y aun en las nuevas tecnologías informáticas y de reproducción, obligaría al profesorado que imparte tales enseñanzas a ser espe-

cialistas en diez o doce campos del saber: filología, lingüística, literatura, arte, antropología, historia general y, especialmente, historia de la civilización, de la cultura y de las mentalidades, psicología, pedagogía, psicoanálisis, sociología, desarrollo estructural y político, administración, economía, religión, informática, documentalismo, etc. etc.

Es tan enorme y denso el bosque de aspectos, significaciones y connotaciones socio-culturales, antropológicas, históricas..., que rodean el sistema gráfico y son tantos los vínculos existentes entre escritura y organización social, que apenas queda sitio para el árbol o núcleo central: la escritura en sí y en cuanto representativa del pensamiento y de la voz articulada.

Por otra parte, la enseñanza y aprendizaje de la escritura y de lo escrito en orden a su comprensión y, al manejo de las fuentes documentales, librerías y epigráficas, forman parte del organigrama oficial diseñado por el Estado, las Autonomías y las propias Universidades, y tienen una finalidad concreta de tipo académico-formativo dentro del engranaje o conjunto general de la enseñanza y esto supone, por un lado, a) la clara delimitación de los campos del saber y, por otro, b) que el profesor no es libre para explicar o dejar de explicar lo que quiere, sin tener en cuenta la formación básica a que tiene derecho y necesita cualquier alumno de Escuela Universitaria o de Facultad, máxime si —como pensamos muchos docentes— tal formación es impropia y no la da exclusivamente una disciplina sino la totalidad de las establecidas en los planes de estudio.

La explicación y estudio integral y en profundidad del lenguaje escrito, en cuanto a significado, simbolismo, función y repercusión científico-cultural, social, interrelacional, etc., contribuirá, sin duda a descubrir y dar a los estudios paleográficos mayor vitalidad y nuevos horizontes, conexos con la fenomenología social, el progreso, el poder, el proceso comunicativo y organizativo de los pueblos, la cultura, el saber histórico y otras mil facetas y elementos de análisis, relacionados con los aspectos cognoscitivos, mágico-rituales, culturales y sociológicos. Es importante recordar que la escritura y lo escrito, desde siempre, ha sido y sigue siendo vehículo de relación y entendimiento entre los pueblos.

Creo, no obstante, que esta nueva corriente que tanto entusiasmo a algunos profesores —más de «Neografía» que de Paleografía— peca de utópica e irreal y, en cierto modo, de pretenciosa, tanto de cara a la investigación de todo lo relacionado con la escritura escrita, como a la hora de aplicarla a la enseñanza universitaria, sometida a una importante reducción en cuanto a horas lectivas y prácticas.

A la hora de programar su enseñanza y aprendizaje, surgen estas preguntas: ¿por dónde empezar y qué puntos o aspectos desarrollar?; ¿por las ramas del árbol o por el tronco y base?, ¿por el tejado o por el cimiento y muros del edificio?

Tan importante, y aún más, que las ramas de los árboles y las techumbres de los edificios, lo son las raíces y tronco si se trata de árboles, y los cimientos y muros con relación a los monumentos y edificaciones.

La escritura es un poliedro con muchas caras, todas ellas adheridas al mismo substrato, y los distintos sistemas gráficos tienen suficiente personalidad en sí mismos como para resaltar determinados valores y aspectos fundamentales y colocar, en segundo o tercer orden, otros accidentales y secundarios por muy interesantes que parezcan desde el punto de vista cultural, antropológico o social.

No se puede privar al alumnado de la visión unitaria de esta realidad amplia y compleja y, tampoco del conjunto polifacético de este invento humano, vínculo de interrelación y de entendimiento, aceptado por los hombres y sociedades cultas de todos los tiempos.

Si con el sistema de enseñanza y aprendizaje, elegidos para el estudio de la escritura y de lo escrito, se diluyen por completo tanto la utilidad como los valores subyacentes en ella, nuestros alumnos de Historia, Arte, Lingüística y Literatura: clásica y románica, Documentación, Archivística, Historia del Derecho y de las Instituciones, etc. carecerán de la formación y capacidad para afrontar la lectura, análisis, fijación, comprensión y valoración de gran parte de los textos y mensajes no sólo antiguos y medievales sino también modernos y contemporáneos. Esto equivaldría a cerrar las puertas y acceso a cuantos necesitan de la consulta y estudio de la mayor parte de las fuentes manuscritas e impresas y aun de las bibliográficas, sometidas a los diversos sistemas gráficos utilizados a lo largo de los siglos por los distintos pueblos, culturas y civilizaciones y, por supuesto, a empobrecer la enseñanza de asignaturas —como la Paleografía— por naturaleza interdisciplinarias.

En teoría resulta atractivo proponer una investigación en la que, apartándose de la mera erudición, se intente poner de relieve y convertir en objeto de estudio «per se» la escritura, al objeto de descubrir las relaciones que se establecen —siempre dentro de los espacios y tiempos históricos concretos— entre los distintos lenguajes y sistemas de escrituración y, consiguientemente, los isomorfismos entre escritura y estructuras lingüístico-cognoscitivas, la diversidad de formas gráficas, los procesos de producción y

reproducción de los testimonios escritos, la naturaleza, contenido y finalidad de los mismos...y, las estructuras políticas, socioeconómicas, ambientales, etc., de las personas, pueblos y sociedades que las elaboran, utilizan, transforman y hasta manipulan. El estudio global de este conjunto de facetas y circunstancias nos permite entrever la mentalidad de los pueblos, su grado de formación científico-cultural en cuanto a dominio y uso del lenguaje: pensado, hablado y escrito..., y, finalmente, el carácter y grado de personalidad subyacente en la propia escritura.

El documento y la documentación son y constituyen una realidad perfectamente consolidada en la que se insertan y enraízan, formando un todo, tres componentes: a) la escritura, letra o símbolo, b) lo escrito: mensaje o contenido subyacente y c) lo pensado y decidido: real o ficticiamente. Y todo este conjunto o «substratum» representa y forma parte de la llamada «memoria»: individual o colectiva de las personas y de los pueblos y, en general, de la sociedad de todos los tiempos. Esa «memoria escrita», a la larga, será objeto de lectura, interpretación y valoración.

Si admitimos la realidad de la escritura y de lo escrito, por supuesto con las limitaciones y acotaciones pertinentes, difícilmente podremos negar que tal realidad —al menos en cuanto signo de cultura, medio de interrelación y fuente histórica— es digna de estudio y que en éste se impone proceder conforme al sentido común y con cierto orden y lógica, es decir, descifrando, analizando, leyendo e interpretando para, adentrarnos después, en otros aspectos ciertamente interesantes pero sin duda de segundo orden: las prácticas cognitivas de tipo erudito, en su integridad y globalidad, las distintas estrategias de dominación simbólica, la mezcla de interacción de intereses diversos en cuanto a su plasmación y estudio, su auténtica finalidad y verdaderos móviles, la relación entre autor, texto escriturario, ambiente y sociedad, la historia de la cultura y de las mentalidades, el valor de la escritura como vehículo de entendimiento y transmisión de mensajes, información y publicidad y, no menos, como signo de progreso de la Humanidad y de desarrollo del saber y conocer histórico, en buena medida condicionados por la escritura y el hecho de escribir y, finalmente —para no ser interminable— en cuanto instrumento transmisor-difusor de ideas, experiencias, tecnologías, actividades comerciales, económicas, bancarias —inserto en el proceso histórico-evolutivo del conjunto de los pueblos civilizados y memoria colectiva de los mismos, que permite, con ciertas limitaciones, su recuperación y análisis—.

En la historia de la cultura escrita, la sociedad y, en su nombre, los «escribientes», se han servido del lenguaje: pensado, hablado y escrito, para plas-

mar y materializar, transmitir y almacenar —mediante signos y señales alfabético-gráficos y simbólicos— ideas, pensamientos, palabras, leyes, epopeyas, fonemas..., y todo esto forma parte de la vida, cultura y actividad de las personas y de los pueblos y, por supuesto, precede, temporalmente y en importancia, a otros fenómenos y circunstancias de tipo ideológico, social, político, artístico, epistemológico, etc., implícitos e indisociables de la escritura y del proceso escriturario.